

Su rostro reflejaba la estabilidad serena de la eternidad, con una expresión de majestad que impresionaba. Parecía que el Corazón de Jesús, resplandeciendo ya a través de los restos mortales de su pequeño instrumento, oculto hasta entonces de modo tan divino, comenzaba a descubrir a las almas los Llamamientos ardientes de su Amor.

EL SECRETO DEL REY

"Yo te tendré escondida en mi Corazón
y nadie te descubrirá".

El velo iba a descorrerse, en efecto, descubriendo las riquezas divinas de que el Corazón de Jesús se había dignado hacer depositaria a Josefa. Pronto se conoció algo de los Designios de Amor que cada día se habían ido imprimiendo en la trama de aquella vida tan escondida; pero, la más discreta reserva continuó guardando el secreto, cual sagrado depósito, en el santuario de su familia religiosa. Este secreto, es el que trataremos de revelar aquí, reservándole y sometiéndole, total y plenamente, al dictamen de la Iglesia, único juez en estas materias.

Lo que ante todo llama la atención y parece, a priori, una seguridad dada por Dios mismo, es la sombra y el silencio en que Josefa estuvo como envuelta; sombra y silencio que casi calificaríamos de divinos, de tal manera la guarda de Dios sobrepujó las posibilidades humanas. Este plan de sobrenatural prudencia se cumplió de un modo palpable y realizó prodigios diarios. Únicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa en un camino imprevisto, mientras que en la im-

mensa casa «des Feuillants» todas ignoraron hasta su muerte las maravillas de que habían sido testigos aquellos muros.

No es tampoco menos digno de notarse, el celoso cuidado con que Jesús quiso conservar el frágil instrumento, pequeño a sus propios ojos y a los ojos de los demás. — «No es por lo que tú eres, por lo que te he escogido, sino por lo que tú no eres, — le dirá continuamente el Señor—porque así tiene donde colocarse mi grandeza y mi Amor».

«Quince días de deliciosa paz,—nota Sor Josefa —siguieron a mi entrada en el postulado».—Mas pronto se levantó contra ella el poder infernal, al que la Sabiduría divina iba a dejar omnimoda libertad. Josefa pareció sumergirse en una noche profunda. Tentaciones, normales al principio, tomaron de repente una violencia extraordinaria y pronto fué evidente que el demonio pretendía atacar la vocación de esta alma generosa. Nunca había conocido semejantes asaltos.—«La misma muerte,—dice ella — no me daría más sufrimiento». — Sin embargo, fiel a la Regla, constante en su trabajo, preludiaba en estas luchas, las que había de sostener toda su vida contra el enemigo de las almas. En medio de combates ya excepcionales, repetía sin cansarse la palabra dada por la obediencia:— «Ser fiel... si, quiero ser fiel».

«Esto así,—escribe—hasta que mi Jesús quiso hacerme conocer claramente su divina visita, dán-

domo desde entonces tanta luz como fuerza».— El 5 de junio de 1920, después de un formidable asalto infernal, Josefa arrodillada entre sus Hermanas a la hora de la Adoración de la tarde, se sintió sumida en lo que llama con su sencillez: — «un sueño muy dulce» — y se despertó en la Llaga del Corazón Divino.—«No puedo explicar lo que pasó,—escribe—¡Jesús, no os pido más que amaros y ser fiel a mi vocación!»

Al resplandor de la divina luz que la inundaba, veía los pecados del mundo y se ofrecía a dar su vida para consolar al Corazón de Jesús. Un deseo vehemente de unirse a El la devoraba y ningún sacrificio le parecía demasiado costoso para perseverar en su vocación. La noche había desaparecido en la claridad de Dios y la desolación se había disipado ante la felicidad insondable. — «Mi Dios es quién lo ha hecho,—continúa Josefa en las notas escritas por obediencia—tanta bondad me confunde; deseo amarle con locura. No le pido más que dos cosas: Amor y agradecimiento a su Corazón... Conozco más que nunca mi debilidad, pero también como nunca espero de El valor y fortaleza. Nunca había yo descansado en esa Divina Herida, pero ahora conozco un poco donde refugiarme en los momentos de tribulación; es un lugar de descanso y de mucho amor».

El 29 de junio, después de varias apariciones de este Corazón que se le presentaba siempre como incendiado, el Divino Maestro se mostró a ella con

un delicioso resplandor.—«En la Santa Misa, poco antes de la elevación, —escribe— ¡mis ojos, estos pobres ojos, han visto al Único Deseado de mi alma, a mi Dios y Señor! Su Corazón estaba envuelto en una llama ardiente; sonreía un poco; El mismo me ha acercado a su Divina Herida. Así estaba anodada en presencia de tanta luz y tanta hermosura, cuando me ha dicho estas palabras con una voz dulcísima, al mismo tiempo que muy grave:—«Así como Yo Me inmolo como Víctima de Amor, así quiero que tú seas mi víctima. Pero ya sabes que el amor nada rehusa».— El Corazón de Jesús se había abierto para no volverse a cerrar.

Y ahora es preciso ya, seguir el surco de gracias que va abriéndose cada vez más ancho y más profundo en esta alma, hasta el día en que Nuestro Señor, habiendo terminado su Obra, esconderá para siempre en su Corazón al instrumento formado por El.

Ante todo se constituye en Maestro interior, encargándose El mismo de su formación religiosa. El la instruye, la dirige, la reprende, la perdona y la sostiene. Sus visitas se suceden, sin que Josefa las prevea. La espera en su empleo, va a encontrarla en su trabajo, o viene a enseñarle a orar. Se le presenta cuando menos lo piensa y se oculta cuando es deseado. Pasa delante de ella como un relámpago, para advertirla de un descuido en el amor y la detiene a sus plantas para explicarle sus deseos. Le trae su Cruz y su Corona; la reclina sobre su Cora-

zón con divina condescendencia y le recuerda con el poder de su Majestad su dominio sobre ella. Los pormenores de la vida religiosa, las vicisitudes de la vida espiritual, así como sus secretos más profundos son esclarecidos a su hora, por la divina enseñanza. Continuamente insiste el Maestro en el fundamento del amor generoso, con sus consecuencias prácticas, de obediencia, fidelidad, olvido de sí, confianza y valeroso abandono. La Santa Regla es el camino seguro por donde la conduce, la obediencia el baluarte que le exige, su Corazón Sagrado el horizonte que le abre.

Estos divinos encuentros con Josefa se esparcen, en ciertas épocas, durante todo el día, otras veces son menos frecuentes, y en ocasiones, la ausencia del Amigo Divino se deja sentir largos meses. Nunca se le permiten goces inútiles en medio de estos favores celestiales, la razón de ellos la fe la señala. Josefa aprende así la perfección a que su vocación la obliga y se afianza más y más en el don de sí misma a la Voluntad de Dios.

La Santísima Virgen no tarda en ocupar, al lado de su Divino Hijo, el lugar que le corresponde.—«Cuando Jesús fija su mirada en un alma, —le dirá ella cierto día— Yo descanso a esa alma sobre mi Corazón».— También se presenta a su hija:—«¡Tan hermosa... tan Madre»—!... que Josefa no encontrará palabras con que poderse expresar. Cumple la Virgen Santísima la misión discreta de compasiva ternura y de fuerte bondad que tan per-

fectamente le corresponde. Deja a Jesús en el primer plano de esta misteriosa educación y solo interviene cuando se trata de tranquilizar, de fortalecer a su hija que duda o que teme.

La advierte, la levanta, la inicia en los caminos de su Hijo y la prepara a su venida. Cuando Josefa vacila la vuelve, como de la mano, a la senda de la Voluntad de Dios. La enseña a reparar sus caídas y a guardarse de las acechanzas del enemigo. En fin, está a su lado asistiéndola en los peligrosos combates que el demonio lanza contra ella y la defiende poderosa «como un ejército formado en orden de batalla».

Santa Magdalena Sofía comparte con la Virgen Inmaculada esta acción maternal. En los claustros de la Abadía, que hollaron sus plantas, en su celda, a la sombra del Sagrario ante el cual oró, se aparece a su hija con aquel rostro expresivo y lleno de viveza que le era propio y en el que se han impreso ya los destellos eternos. Josefa le habla como lo hace a sus Madres de la tierra, con sencillez y confianza. Escucha sus recomendaciones, recoge sus consejos, le cuenta sus dificultades, se fía de su palabra y se abandona a su bondad. A su lado se siente segura en la gracia de su vocación.

Estas apariciones celestiales no sorprenden su fe; demasiado en contacto con lo sobrenatural, para complacerse en un goce, no los desea, no los analiza, no se detiene en ellos, su alma sencilla, los deja a un lado y va derecha a la lección del «mayor

amor» que le repite la gracia oculta bajo las apariencias sensibles. Así mostraba el Señor a través de la misteriosa historia del alma que El guiaba, lo que desea ser, como Maestro interior, a todas aquellas que creen en su presencia, que se abandonan a su acción, que le hablan de todo, y todo lo esperan de El.

Al mismo tiempo, completando y corroborando la acción divina, aparece a través de toda la vida religiosa de Josefa la prueba de la contradicción. Piedra de toque de lo sobrenatural y de la virtud verdadera, esta prueba no podía faltar a Josefa, que anduvo su camino siempre combatida.

En primer lugar recibió a intervalos, órdenes formales dictadas por la prudencia que debía probar la realidad de lo que veía y oía. Estas órdenes, que secundaban los designios de Dios, pusieron de manifiesto la obediencia y el desprendimiento de la humilde religiosa.

Josefa trataba en esas ocasiones, con invariable espíritu de fe y entera generosidad, de cerrar los ojos de su alma y de resistir a la moción divina. ¿No le había dicho desde el principio el Divino Maestro:—«Quiero que obedezcas, y Yo también obedeceré?»— Pero, ¡qué sufrimiento tan íntimo, sentirse en un camino que despertaba recelos a su alrededor! ¡Qué temor de engañarse y de engañar a los que la dirígían! ¡Qué angustias, hasta el día en que la dolorosa incertidumbre, ahondando en su alma nuevas profundidades de desprendimiento y

de humildad, el Maestro Divino pedía le dejasen libre el paso.

Más aún que en torno suyo, fué en ella misma donde Josefa encontró la oposición. El amor que en alto grado tenía a la vida común y laboriosa, la comprensión sobrenatural, que le permitía apreciar intensamente su rango de Hermana coadjutora en la Obra del Sagrado Corazón, su natural activo y enérgico para el trabajo, fueron sin cesar fuentes de repugnancia y contradicción frente al camino que el Señor abría ante ella. Sus notas escritas por obediencia con tanta lealtad, atestiguan estas luchas interiores. Unas veces encierra en el secreto de su corazón el temor de que estas vías extraordinarias, la aparten de su querida vida común y sean obstáculo a su vocación. Otras siente como una invencible oposición, cuando en medio del trabajo, tiene que responder a las llamadas de Nuestro Señor, dar cuenta de sus visitas, transmitir sus deseos, escribir o simplemente recibir las predilecciones de su Maestro. Y sin embargo, circunstancia bien digna de notar, nunca resiste a lo que este camino lleva consigo de doloroso.

A ciertas horas, otras angustias y ¡cuán más agudas! se levantan en su alma como oleadas de tempestad. Era, ante las gracias recibidas, el temor de la responsabilidad, sentimiento que el demonio supo explotar haciéndole a veces abrumador. Era el miedo de extraviarse en un camino para ella desconocido, miedo que se despertaba con más viveza

al recuerdo de ciertas prohibiciones impuestas en el tiempo pasado, turbación ésta, desconcertante para su fe en la autoridad. Hubiera querido irse para librarse de la mentira en que se creía envuelta.

Después que la prueba había pasado, Josefa, recobraba la luz, casi siempre por mediación de su Madre del Cielo. Entonces se volvía hacia su Maestro, con toda la espontaneidad de su amor tan puro y toda la energía de un abandono reconquistado. El perdón divino la esperaba.—«Mi Sangre todo lo borra»—, le decía, y como precio de este perdón Jesús reclamaba la ofrenda:—«Josefa, dime una vez más, que por mi amor quieres llevar la Cruz de mi Voluntad».

Esta Cruz debía hacerse aún más pesada para sus débiles hombros. La oposición, en efecto, se la hizo y cuán potente, el enemigo de todo bien, al que Dios dejó tan gran libertad, y que pareció confirmar la importancia sobrenatural de las primeras gracias recibidas.

Desde su Postulado había experimentado Josefa la violencia extraordinaria que el infierno desencadenaba contra ella. En la aparición del 5 de junio, la Omnipotencia del Corazón Divino había defraudado el poder infernal. Se siguió una tregua de paz; quería el Señor fortalecer la fe del frágil instrumento, que El había escogido y hacer evidente su divina acción a los ojos de sus directores, antes de dejar rienda suelta a Satanás. Cuando llegó ese momento la medida de las gracias recibidas no pare-

ció demasiado colmada, al compararla con la lucha que comenzó a trabarse. Josefa pasó por combates, humillaciones, dolores, ante los cuales, nuestras pruebas de orden puramente humano, parecen sólo sombras. Estas intervenciones diabólicas, de inusitada violencia, parecían tener un objetivo único: arrancar a Josefa de su vocación, arruinando por el hecho mismo, los planes de Amor y de Misericordia para los cuales la había escogido Dios como instrumento. Tentaciones, obsesiones, persecuciones sensibles, luchas cuerpo a cuerpo, verdadero martirio, del que sus miembros llevarán las señales al sepulcro. Pronto se dice y se escribe, pero ¡qué de heroísmo escondido, en esta ruda batalla de días y de noches, cuya violencia podían solamente sospechar, los testigos que la presenciaban y en la que la generosa hermana defendía a tanta costa, su vocación y su fidelidad!

Josefa vivía, sin embargo, entre sus Hermanas y únicamente en su fisonomía se podían traslucir sus sufrimientos. Siempre igual de carácter, siempre abnegada, envuelta en el silencio que ocultaba el misterio. Conocía la palabra de su Maestro y la lanzaba sin temor a la faz de su adversario:—«No tienes más poder que el que se te ha dado de arriba».—En medio de estas luchas el alma de Josefa se hacía más fuerte. No temía ni las amenazas, ni los golpes; más le angustiaban las densas tinieblas que obscurecían su espíritu en horas de cruel obsesión. Entonces sentía en ella como dos seres

contrarios, pareciéndole que el amor del uno, no era bastante para vencer la rebelión del otro; horas de indecible sufrimiento que fueron las de mayor crucifixión de su vida. De ellas salía purificada por la humillación, más unida al Corazón divino cuya Misericordia conocía mejor y más afianzada en el abandono, muy meritorio, a su Voluntad incomprensible.

Por permisión divina conoció también los misteriosos contactos con el Infierno. Descendió al abismo de fuego, pasó allí horas que le parecieron siglos y tuvo vista clarísima de la pérdida de las almas, experimentando el dolor de los dolores: ¡el dolor de no poder amar!

Compraba, sin duda, por medio de estas expiaciones la salvación de muchas almas y Satán que creía triunfar de su víctima, no hacía sino completar en ella el plan divino concebido por el Amor.

Josefa, se quedaba después de estos contactos, como aniquilada por lo que había visto y oído.—«Todos los sufrimientos del mundo son nada,—escribía—si pueden impedir que una sola alma caiga en el infierno. Lo que veo me da gran ánimo para sufrir. Comprendo el precio de los sacrificios más pequeños. Jesús los recoge y se sirve de ellos, para preservar a muchas almas de tales tormentos».

La Santísima Virgen subraya también el plan divino:—«La vista de ese número incalculable de almas que están aprisionadas por toda la eternidad, le decía, y que ni una sola de ellas podrá producir

un sólo acto de amor, debe moverte a hacer, ¡tú que puedes amar! un constante y repetido eco de amor, que borre las continuas y repetidas blasfemias».

Tanto sufrimiento, custodiado por la guarda de Dios, seguirá siendo un secreto impenetrable, en cuanto a su realidad; sin embargo por poco que en él se penetre, explica bastante sobre qué sólidas bases quiso el Señor establecer su Obra, por qué crisol hizo pasar a Josefa, a qué precio inclinó hacia ella a los que debían guiarla en su nombre, guardando al mismo tiempo así a su hija predilecta, en la seguridad de la humillación.

A través de las alternativas más o menos acentuadas de estas luchas, Jesús proseguía sus Designios. El, que parece dormido en la barca azotada por las olas, se despierta, a la hora que ha fijado. Con el Magisterio que le pertenece, se levanta, manda a los vientos y al mar:—«Calla, enmudece» y al instante se sigue una gran bonanza. Se muestra a su Esposa, la reclina sobre su Corazón para abrasarla en sus ardores y hacerle oír sus divinos latidos; aquello que había sentido ella a través de la tempestad desencadenada: ¡El clamor inmenso de las almas!

Este llamamiento de su vocación Sor Josefa lo comprendió desde su niñez. Los grandes horizontes apostólicos dilataron presto su corazón y ocuparon sus plegarias. Pero Nuestro Señor se reservó también el cultivo de esta primera gracia.

Ya en los comienzos de su Noviciado le revela su Sed de almas y la asocia a ella; le enseña lo que significa «salvar almas» y el precio que cuestan. Le infunde el espíritu de Reparación, tan conforme a su vocación religiosa. Un día le muestra «una fila interminable de almas», escribe en su lenguaje sencillo. —«Todas estas almas te esperan»,— le dice el Señor. Desde entonces puede decirse que Josefa trabaja y sufre de continuo por las almas que su Maestro le confía.—«Vamos a ocuparnos de las almas»,—le repite con un ardor que ella no sabe expresar.

Por ellas le enseña a hacer suya la Plegaria Divina, repitiendo con El la preciosa ofrenda de su Sangre y de su Corazón. Josefa se identifica con la gran impetración divina del Santo Sacrificio de la Misa y del Sagrario, uniéndose a Jesús que se ofrece a su Padre por la salvación del mundo.

Por ellas solicita Jesús, penitencias y mortificaciones que Josefa multiplica con la aprobación de la obediencia con generoso desprecio de su cuerpo.

Por ellas en fin, la quiere víctima y la asocia misteriosa y sensiblemente a los dolores de su Pasión. —«¿Quieres mi Cruz?» le pregunta a menudo, y durante largas horas Josefa lleva esta Cruz cuyo peso la abrumba visiblemente. La Corona de espinas se clava en su cabeza, que no puede apoyar en parte alguna, mientras que un agudo dolor de costado, la asocia a la lanzada que abrió el del Salvador. Y no obstante trabaja de continuo, no descansa

nunca; de noche sobre todo, está de guardia cerca de su Maestro. Una, entre otras muchas, el Señor se apareció a Josefa. Esta se levanta. —«Toma mi Cruz, le dice, mis clavos, mi corona, estos son mis tesoros, pero como eres mi Esposa, no temo dejártelos... Yo... iré a buscar almas».— Entonces su Corazón se dilata y las llamas se escapan de El. — «Quiero que todas Me conozcan y Me amen... Vamos a atraerlas dentro de mis Llagas... Iré a buscarlas y cuando las encuentre vendré a tomar mi Cruz».

Pero estos sufrimientos corporales son pequeños comparados con los del alma. Nuestro Señor hizo comprender a Sor Josefa algo de lo que fué su Agonía bajo el peso de los pecados del mundo, y algo del desamparo que le hizo exclamar: — «¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué Me has abandonado?...»—Entonces el Señor sostiene su ánimo repitiéndole la gran enseñanza de la Redención:—«¡Valen tanto las almas!»!...— Le recuerda también el sentido de la Divina Elección: Es un llamamiento al amor que se inmola. —«No olvides que las almas que Yo escojo tienen que ser víctimas, conmigo por el mundo».

Esta colaboración constante a la Obra Redentora, ocupa los días y las noches de Josefa. El pensamiento de las almas la embarga por completo, y la palabra del Maestro se realiza verdaderamente en ella.—«Yo viviré en tí y tú vivirás por las almas».

Así la condujo el Señor a la realización de sus Designios. Cuando la formó en su escuela y la purificó por el sufrimiento, cuando la asoció a los ardores de su celo, y fué toda suya por los vínculos y compromisos religiosos, el Corazón Divino hizo de ella el Instrumento de su Obra.

El 16 de julio de 1923, día bendito de sus Votos, cuando a la faz del cielo y de la tierra, Josefa, victoriosa de los asaltos del enemigo, se ofrecía en la plenitud de su amor y de su fe, Jesús se le apareció.—«¡Era hermosísimo! dice, tenía su Corazón muy encendido y su Llagas muy abierta. Me atrajo a El y me hizo entrar dentro de su Herida y me dijo:—«Ya te tengo aprisionada. Desde toda la eternidad Yo he sido tuyo. Hoy, para siempre tú eres mía. Tú, Josefa, trabaja por Mi... Yo trabajo por tí! Tus intereses son míos, mis Intereses son tuyos».— Y añadió con ternura divina:—«¡Mira como Yo te he sido fiel!»—Después con una voz llena de Majestad y de Fortaleza dijo:—«Y ahora, ¡voy a empezar mi Obra!»